

## ▣ DIOS ESTÁ PRESENTE EN NUESTRAS VIDAS

En la primera lectura, Elías, siguiendo la llamada de Dios, espera su paso. Ni en el viento huracanado, ni en el terremoto, ni en el fuego el Señor estaba presente. Todo lo contrario. En una brisa tenue encuentra a Dios. Seguramente donde menos lo esperaba, aparece.

Dios no se nos manifiesta necesariamente allí donde nosotros suponemos que debería estar o deseamos que estuviera. Nuestros caminos no son sus caminos. Debemos aprender bien esa lección para estar con los ojos y los oídos muy abiertos. No sea que, por estar mirando al lugar equivocado, no le escuchemos o no veamos su actuación.

Esta presencia de Dios actuando en favor de su pueblo a lo largo de toda la historia de la salvación queda bellamente recogida en la plegaria eucarística IV, que en este domingo podríamos utilizar.

## ▣ JESÚS, NUEVO MOISÉS

Si el domingo pasado Jesús se nos presentaba como el nuevo Moisés que daba el «maná» a sus seguidores. Hoy lo vemos dominando las fuerzas de la naturaleza: detiene la tempestad que se había desatado en el lago de Galilea, frena el viento contrario y las olas embravecidas. También Moisés en el Antiguo Testamento había dividido el mar Rojo para que el pueblo pasara a pie enjuto camino de la tierra prometida huyendo de la esclavitud de Egipto. Jesús, como un nuevo Moisés, nos dirige a la definitiva tierra prometida. Deseamos alcanzar esa herencia (cf. oración colecta) y él amainará toda tormenta que pudiera separarnos de él. Con fe no nos hundiremos aunque tengamos que caminar sobre las aguas.

## ▣ CONFIANZA EN JESÚS

Nuestra vida está en manos de Dios. Muchas veces lo pensamos, muchas veces lo decimos: «Dios proveerá»; «Que sea lo que Dios quiera». Sin embargo, de fondo, confiamos más en nuestras propias fuerzas que en el poder divino. Y dudamos cuando vienen las dificultades. Los apóstoles, que habían optado radicalmente por Jesús, vivían con él y se fiaban de él, muestran en ocasiones sus miedos y dudas. El evangelio que hoy escuchamos es un claro ejemplo.

Vemos como los discípulos, tal y como Jesús les había mandado, suben a la barca y se dirigen a la otra orilla del lago. Pero la travesía se complica:

el viento sopla con fuerza, el oleaje impera. Ven aparecer a Jesús, pero dudan que sea él y brota el temor. «Se asustaron y gritaron de miedo, pensando que era un fantasma», nos dice el texto evangélico. Pero Jesús con fuerza les dice: «¡No tengáis miedo!» (no es la única vez que en el evangelio encontramos esta expresión en boca de Jesús). Les invita a confiar en él. Sin embargo, nuevamente aflorará el miedo, esta vez en Pedro que desea ir hacia Jesús, y ve cómo se hunde. Y Jesús reiterará su invitación a confiar en él: «¿Por qué has dudado?».

Cada uno sabe cuáles son sus «tempestades» y «oleajes» que le impiden confiar plenamente en Jesús, que le agarrotan y le asustan, que le provocan miedos y dudas.

A nosotros también Jesús nos agarra si extendemos la mano hacia él y nos sostiene. Jesús nos hace caminar hacia adelante y que avancemos si ponemos en él nuestra mirada. No deja que nos hundamos. Así podremos decir como los apóstoles: «Realmente eres Hijo de Dios».

## ▣ EL DESEO DE QUE OTROS CREAN

La segunda lectura nos presenta el lamento de Pablo por el pueblo judío. Él desearía que los de su raza reconocieran a Jesús como el Mesías. Pablo ha experimentado la fuerza del amor de Dios. Ha visto transformada su vida. Y sufre porque sus hermanos en la fe, no reconocen en Jesús al Hijo de Dios que esperaban, a pesar de que son los poseedores de «la presencia de Dios, la alianza, la ley, el culto y las promesas», a pesar de que sean suyos «los patriarcas, de quienes, según lo humano, nació el Mesías, el que está por encima de todo».

También nosotros sufrimos porque algunos en nuestra familia, entre nuestros amigos, no reconocen a Cristo como el Salvador del mundo, como el Hijo de Dios, no reconocen a Dios como Padre que nos ofrece su vida divina, dando sentido a nuestra existencia humana. Y nosotros desearíamos que creyeran y tuvieran la luz de la fe.

## ▣ ORACIÓN PERSONAL

El evangelio de hoy comienza diciéndonos cómo Jesús «subió al monte a solas para orar». En la soledad hablaba con su Padre. La oración personal es necesaria, vital para alimentar nuestra espiritualidad y mantener nuestra fe. En estas semanas son muchos los que están de vacaciones, sin sus obligaciones laborales, y, por tanto, disponen de más tiempo libre. Se trata de un buen momento para sacar espacio para ese diálogo íntimo con Dios.

JOSÉ ANTONIO GOÑI